

# carta del editor



Miguel Ángel López

**“Gratitud: sentimiento que nos obliga a estimar el beneficio o favor que se nos ha hecho o ha querido hacer, y a corresponder a él de alguna manera”.**

## NO ES UN DESEO GRATITUD ZERO

**E**s evidente que a lo largo de cien números Zero ha recibido mucho, de **todas y todos**, y por eso deberíamos empezar estas páginas con una larga lista de agradecimientos. Pero no vamos a hacerlo: siempre se nos quedaría alguien sin incluir, y además el agradecimiento que se queda en palabras vale tan poco como las promesas de amor no respaldadas por los hechos. Y nosotros queremos corresponder de hecho a tanto como hemos recibido.

Cuando esta revista se gestó, hace casi diez años, era simplemente un deseo movido por una enorme fe: deseo de que existiese un medio que nos contase y contase a otros nuestra verdad, haciendo posible lo que sucesivamente ha ido llamándose “aceptación”, “integración” o “normalización”. Hemos avanzado muchísimo, todos juntos, y hoy parece más posible que nunca el que un día alcancemos esa meta.

Si Zero es Zero es gracias en parte a esas cien portadas, pero más que a ellas, y a todo lo que hay detrás de ellas, es gracias a *todas y todos* quienes han hecho que no seamos sólo deseo y convicción, sino un hecho. Zero es Zero gracias también a cosas que a veces no son agradables, que no son “lo mejor”, pero que han sido parte de nuestra historia.

Por ejemplo, a nuestros sentimientos. Sentimientos que no siempre son agradables, que a menudo deseáramos no conocer, como la indignación: la indignación ante esos poderosos que desde sus poltronas siguen negando el propio derecho a existir a los homosexuales, en infinidad de lugares de todo el planeta; indignación ante esos países donde aún se ejecuta a hombres y mujeres por mostrarse tal como son; indignación ante los que dejan de ser humanos para convertirse en seres miserables que agreden o insultan a otras personas por el hecho de hablar, moverse o mirar como ellos jamás sabrán hacerlo; indignación ante religiones que dicen

defender el amor pero sólo lo hacen si se trata de el amor que a ellos conviene, mientras se enfrentan a juicios multimillonarios por abusar con sus faldones remangados de niños inocentes; indignación ante los políticos que utilizan electoralmente una causa en la que no acaban de creer y con la que no cumplen; indignación ante todos esos que utilizan el miedo para que perdamos nuestros trabajos, nuestra justicia o nuestra dignidad.

También debemos mucho a una enfermedad: una enfermedad que –curiosamente– ha estigmatizado nuestra forma de entender el sexo y no otras, llevando al infierno de la incomprensión a millones de personas. Esa enfermedad, como cualquier otra, debe ser combatida con conocimiento, con generosidad y con empatía, poniéndonos en el lugar de los afectados. De nada sirve que se descubran tratamientos si su precio los hace inalcanzables para la mayoría de la especie humana. De nada sirve repartir condones si los que se supone que tienen una autoridad moral siguen criticando su uso. De nada sirve que un seropositivo salve la vida con un tratamiento en el primer mundo, si luego pierde trabajo, amistades y esperanza de ser feliz por el rechazo, más generalizado de lo que muchos quieren creer.

Y Zero también debe mucho a la valentía de quienes han optado por dejar de ser invisibles: en el supermercado, en la consulta del dentista, en la piscina, en el portal, en los colegios, en las oficinas, en las discotecas o en el cine. La visibilidad resulta tan natural cuando uno se la encuentra que casi resulta inconcebible que hasta hace bien poco fuese excepcional. Esa visibilidad será más efectiva que ninguna otra cosa para corregir siglos y siglos de incomprensión.

Pero nuestra gratitud debe ser ante todo para esos “**todos**” y “**todas**” que abrían estas palabras.

Todos esos amigos y todas esas amigas que siempre han puesto sus hogares, sus cartillas de

ahorro, sus abrazos, sus sonrisas y hasta sus críticas para que nosotros pudiésemos seguir adelante, e incluso para que entendiésemos a los que no entienden.

Todas esas familias que nos han obligado a huir por su rechazo. Sí: porque esas familias demuestran que es deseable otro concepto de familia, y lo estamos reinventando. A todos y a todas los que viven en los armarios de sus puestos influyentes, negando una ayuda para finalmente poder disfrutar de unos derechos que jamás se permitieron imaginar.

A todos esas marcas y anunciantes que han apostado por que podamos pagar el papel, los redactores, las colaboraciones y el local que nos permiten sacar una revista que, poco a poco, los kiosqueros han dejado de esconder detrás de los fascículos de animales y las ofertas de colecciones de DVDs.

A todas esas otras organizaciones, publicaciones, y esas voces que desde cualquier lugar hacen que cada día comprendamos mejor quiénes somos y cómo nos relacionamos.

Empezamos de cero y hemos llegado a cien. Nuestro más sincero agradecimiento y hasta el próximo Zero.

**Zero debe mucho a la valentía de quienes han optado por dejar de ser invisibles. La visibilidad resulta tan natural cuando uno se la encuentra que casi resulta inconcebible que hasta hace bien poco fuese algo excepcional. Esa visibilidad será más efectiva que ninguna otra cosa para corregir siglos y siglos de incomprensión.**